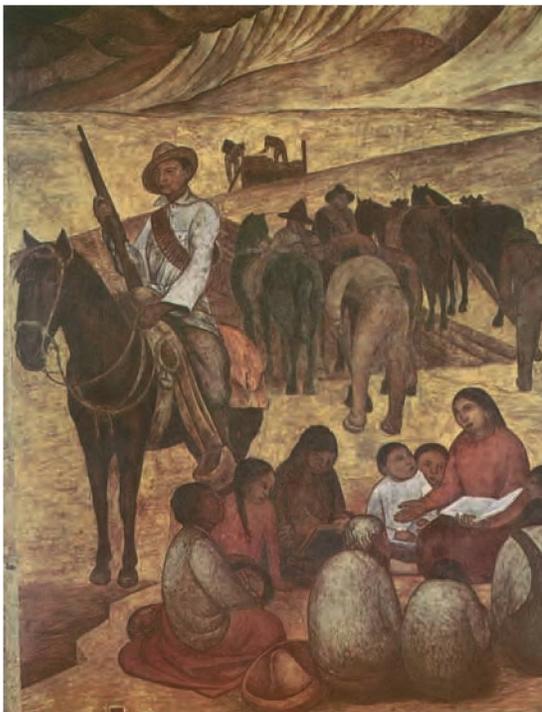


El inconfesable encanto del racismo.

Los científicos y la ideología de la Revolución

Víctor M. Hernández Márquez*



La Liberación del Peón: Primer patio, planta baja,
Diego Rivera

En un artículo reciente Claudio Lomnitz reconstruye el repudio revolucionario hacia la élite porfirista conocida como *los científicos*.¹ Su tesis central es un intento por reivindicarles alegando que no eran tan malas personas, ya que si bien la mayoría eran corruptos, lo eran tanto como otras capas de la élite porfirista menos visibles. Para él los *científicos* “sirvieron” como catalizadores del resentimiento social y se convirtieron en el verdadero enemigo a vencer de la Revolución. Para demostrarlo, sostiene, basta ver que tal sentimiento hostil es un caso más de antisemitismo *sin* judíos.

La idea es provocadora, aunque descansa sobre premisas que analizadas en sí mismas no respaldan la conclusión e inhabilitan el corolario según el cual “el anti-semitismo jugó un papel fundamental en la formación de la ideología nacionalista” revolucionaria.

Centraré mi discusión en tres afirmaciones que sustentan la tesis central de Lomnitz. La primera refiere a la ambigüedad referencial asociada al apodo del grupo. La segunda afirma que el sentimiento *anticientífico* “era frecuentemente más intenso que el sentimiento negativo hacia el dictador mismo”. La tercera sostiene que eran odiados como grupo, aunque individualmente eran respetados.

Lomnitz señala que un aspecto clave, pero ignorado, del sentimiento anticientífico, es la inestabilidad del referente y cita a Zapata, a Luis Cabrera, a Limantour, a Bulnes y a Aragón para documentar el deslizamiento referencial. Sin embargo, la ambigüedad referencial del sobrenombre no es algo que haya pasado inadvertido para los historiadores del periodo. Incluso un historiador de las ideas, como Leopoldo Zea, en su estudio sobre el positivismo en México, creía necesario “distinguir entre el grupo político de los *científicos* que se lanzó a la lucha política enarbolando un ideal justificado por la ciencia positiva, del grupo de los ‘*científicos*’, que no tenían sino el nombre, y cuyo último ideal era vivir del erario público”.²

Dado que a los términos categoría les es inherente un cierto grado de fluctuación referencial según el contexto y su historia, lo que ocurre con el apodo *científicos* ocurre también con otros términos, como *villistas*, *liberales*, *jacobinos*, etcétera. En este sentido, el tiempo de la emisión lingüística es un factor que afecta sensiblemente el sentido y la referencia de un término de categoría. Así como *monárquico* tiene un sentido y referente particular durante la restauración orleanista, y otro muy distinto durante la segunda república, así también el sobrenombre *científico* tiene un sentido y un referente durante el porfiriato y otro distinto después de 1910. Además, el historiador ha de tener siempre en cuenta la particularidad de los actos de habla; de modo que cabe esperar una diferencia notable de sentido y de referente en el decir de Limantour —el científico *par excellence*— del decir de Zapata. Ejemplos extremos los encontramos en el titular de aquel periódico que

daba cuenta del asesinato de Zapata: “Ha muerto Emiliano Zapata y El Zapatismo”, o en aquel titular que rezaba: “Ha muerto Villa, ¡Viva Villa!”

Pasemos ahora a la observación en la cual Lomnitz señala que “el síntoma de la conveniencia política del odio hacia los *científicos*, es el hecho de que la inventiva contra los *científicos* era con frecuencia más intensa que el sentimiento negativo hacia el dictador mismo” (p. 6). Sin duda, el sentimiento anticientífico respondía a la conveniencia política (y esto explica la movilidad referencial), pero hay otras formas de explicar por qué ocurrió justo esto y no otra cosa. La razón más sencilla, mas no la única, se encuentra en la huida un tanto rápida del dictador; lo cual, por consiguiente, dejó abierta la disputa por el poder y puesto que la mayoría de los *científicos* permanecieron en México, no perdieron la oportunidad para intentar conservar o acrecentar sus respectivos cotos de poder.

Este hecho evidente verifica una regularidad presente en las dictaduras; a saber, que su fin abre normalmente el paso a la anomia. Por eso se dice que el gobierno de un solo individuo es la forma más primitiva de gobierno, ya que carece de una forma “adecuada” de sucesión del poder. No es su único defecto, puesto que la pregunta que Herodoto puso en boca de Otanes se escucha con igual vigencia: ¿cómo podría ser algo acertado la tiranía, cuando, sin tener que rendir cuentas, le está permitido hacer lo que quiere?

Como solemos denominar “Revolución mexicana” a ese largo periodo de lucha por el poder al que dio lugar el derrocamiento y el exilio de Díaz y Limantour, resulta razonable preguntar por el papel que jugaron los *científicos* durante las siguientes dos décadas. Para arribar a una respuesta los historiadores se han dado a la tarea de reconstruir los conflictos que se vivieron en cada estado. En este sentido, no se puede tomar en serio la afirmación de Lomnitz según la cual “incluso hoy en día denunciar a los *científicos* como el peor aspecto de la dictadura de Díaz es prácticamente un reflejo Pavloviano entre los historiadores Mexicanos, incluyendo a todos aquellos que reclaman una revaloración del Porfiriato” (*idem*).

Pero Lomnitz ignora que los historiadores extranjeros hacen lo mismo que sus pares mexicanos. Karl Koth, por ejemplo, en las conclusiones sobre la sustitución de Teodoro Dehesa como gobernador del estado de Veracruz, comenta:

las políticas de Madero eran la causa principal del descontento del estado y del país. No tenía nada que ofrecer a las clases bajas; marginaba a los mismos revolucionarios que lo habían llevado al poder; tejió alianzas con las propias élites que, según muchos, quería derrocar, pero más que con cualquiera, con los ‘científicos’.³

Pasemos ahora a la última afirmación. El texto completo dice así:

En resumen, cuando se examina de cerca el motivo del odio hacia los *científicos*, se revela sorprendentemente inestable. Eran odiados como grupo pero a menudo en lo individual eran respetados, ya que podrían ser muy corruptos, pero no más que otros segmentos de la misma élite; sus doctrinas eran denunciadas, pero también aceptadas; promovieron la inversión extranjera, pero también lo hicieron otros segmentos de la élite nacional de la época. Y sin embargo, esta quimera se convirtió en el archi-villano, el verdadero motivo, la causa última de la revolución (p.7).

Si aceptamos, aunque de manera provisional, el comentario de Lomnitz, parece como si el repudio anticientífico fuera un sentimiento sin causa aparente. Sin embargo, a su juicio, hay dos acontecimientos externos que influyen en la determinación de ese sentimiento: uno es el célebre caso Dreyfus, el otro es la guerra hispano-estadounidense (1898). No es necesario extenderse sobre la improbable influencia de estos acontecimientos, tan lejanos en el tiempo, de aquello que Silvestre Terrazas llamó “la revuelta”, puesto que el autor no aporta en ningún momento evidencia sólida que ampare su tesis.

Por el contrario, hay varias causas —todas ellas mundanas— de ese sentimiento anticientífico. L. B. Simpson da una de ellas:

Los hacendados habían vivido tanto tiempo a fuerza de préstamos que el rescatar una hipoteca era casi inaudito [...] se hizo tradición que tales obligaciones se cumplían suficientemente con el pago de los intereses [...] La bancarrota del sistema se hizo patente cuando José Limantour [...] empezó a reclamar las hipotecas contratadas con el Banco de México, con la consecuencia de que los enfurecidos hacendados decidieran ayudar a Francisco Madero [...] probablemente con la esperanza de que no traicionaría a su clase.⁴

¿Cuántos y cuáles hacendados apoyaron a Madero por este motivo? Las respuestas se encuentran en lo que ocurrió en cada estado. Si

se empieza por Chihuahua, donde iniciaron los primeros levantamientos y el primer apoyo armado a Madero, la respuesta es negativa, ya que a Luis Terrazas como a su yerno Enrique Creel —quienes ostentaban el poder económico y político en la región—, se les suele identificar como *científicos* a pesar de contar con pocos rasgos para ello (si por tal se entiende político con ideas positivistas). En primer lugar, Luis Terrazas había apoyado a Juárez frente a la sublevación de Díaz y desde entonces sus relaciones con el dictador se habían dado al amparo de la conveniencia y el pragmatismo político, sin que esto supusiera la ausencia de momentos de gran tensión y conflicto. En segundo lugar, Terrazas pertenecía al ejército republicano, detentando el grado de general, mientras que su yerno Enrique Creel carecía de una educación formal.⁵

Por otra parte, el clan Terrazas-Creel logró hacerse del poder político y económico de Chihuahua debido en buena medida a sus actividades como empresarios y banqueros; de modo que hacia 1909 poseían la mayor extensión de tierra del estado aunque también habían comprado una suma considerable de la deuda pública. Esto indica que la causa mencionada por Simpson no se cumple en Chihuahua, a menos que se haga una versión especial en la cual los grandes hacendados se conviertan en los pequeños propietarios de tierras despojados por el clan Terrazas, y estos últimos sustituyan a Limantour en el cobro de las hipotecas.

Ahora bien, hay dos cabos sueltos más en la interpretación de Lomnitz. El primero de ellos refiere a la tesis central relativa al repudio revolucionario hacia los *científicos* como un antisemitismo sin judíos. De hecho, Lomnitz incurre en una contradicción evidente cuando discute si ciertos *científicos* eran o no realmente judíos:

Aunque los historiadores del judaísmo enlistan a algunos hombres de finanzas del porfiriato como descendientes de judíos Alsacianos —lista que de acuerdo con Corinne Krause incluye a familias prominentes como los Scherer, los Limantour y los Noetzlin—, el hecho es que los *científicos* que descendían de ellos nunca fueron identificados ni se identificaban a sí mismos como tales (p. 22).

Es decir, el silogismo de Lomnitz es: Algunos *científicos* eran judíos, pero ni se les identificaba ni se asumían como tales. Luego, los *científicos* eran

identificados como judíos, pero sólo de forma metafórica.

El modo de figuración que opera en el sentimiento anticientífico es la metonimia; esto es, el tomar la parte por el todo, lo cual se justifica si Limantour era judío. Pero a esta cuestión fundamental Lomnitz no tiene nada nuevo que aportar. Alfonso de María y Campos lo niega rotundamente cuando señala:

sobre la biografía de este político porfiriano se han vertido una serie de leyendas a cual más dispares. Hijas de la ignorancia algunas, de la rivalidad política y la xenofobia las más, el conjunto de versiones resulta bastante confuso. Así, por ejemplo, se ha dicho que era de origen judío —versión que también se hizo circular respecto de otros *científicos*, como los hermanos Macedo, supuestos judíos de origen portugués;⁶

mientras que Corinne A. Krause⁷ sostiene lo contrario, aunque sin evidencias de por medio, identificándolo como judío francés, mas no de la región de Alsacia como infiere Lomnitz. En ambos casos, empero, no hay evidencia contundente que los respalde.⁸

El segundo cabo suelto consiste en la falta de un análisis fiable para dar sentido al repudio anticientífico de los revolucionarios, de tal modo que éste se pueda distinguir con claridad pero que permita al mismo tiempo encontrar sus conexiones, de aquellos otros sentimientos de repudio similares provenientes de intereses e ideologías tan diversas como los defendidos por los reyistas, los liberales, los católicos y los conservadores.

⁵ Docente-investigador de la UACJ.

¹ Claudio Lomnitz, "Anti-semitism and the Ideology of the Mexican Revolution". *Representations* (2010), pp. 1-28.

² Leopoldo Zea, *El positivismo en México. Nacimiento, apogeo y decadencia*. FCE, México, 1968, p. 38.

³ Karl Koth, "Madero, Dehesa y el cientificismo: el problema de la sucesión gubernamental en Veracruz" (trad. Julieta Venegas). *Historia Mexicana*, 2 (1996), pp. 397-424; la cita corresponde a la p. 421.

⁴ L. B. Simpson, *Muchos Méxicos* (trad. del autor y Luis Monguio). FCE, México, 1977, pp. 261-262.

⁵ Para una biografía del joven Creel, *vid.*, Alfonso de María y Campos, "Porfirianos prominentes: orígenes y años de juventud de ocho integrantes del grupo de los científicos, 1846-1876". *Historia Mexicana*, 34 (1985), pp. 610-661.

⁶ *Ibid.*, p. 630.

⁷ *Los judíos en México. Una historia con énfasis especial en el periodo de 1857 a 1930* (trad. pres. y ns. Ariela Katz de Gugenheim). Universidad Iberoamericana, México, 1987, p. 71.

⁸ Por lógica, el peso de la prueba recae en quien afirma; quien niega no tiene más recursos a su alcance que desacreditar las evidencias de su oponente, de modo que si de María y Campos sostiene a su favor que los Limantour eran bretones católicos de origen campesino, con ello no demuestra nada. Para una relación sucinta de los defectos de la investigación de Krause véase la reseña de Fred Bronner en *The Hispanic American Historical Review*, 68 (1988), p. 846.